



## La Paliza (II)

cosas que platicar: siempre has «sio» más tonto que ente catorce.

La Castora y el Venancio no habían hecho nunca buenas migas. Cada vez que ella veía al matarife le entraba alferecía. No es difícil comprender el motivo: en cierta ocasión, y aprovechando la viudedad, él trató de llevársela al huerto. Fue entonces cuando dijo la Castora: «Nadie me tumba sobre la manta si no ha pasado antes por la vicaría».

—Me importa un pataco, Castora, que tu hombre te quisiera o no. Yo sólo digo lo que comentaba «muchisma» gente: que tu marido te daba cada paliza que te dejaba bascando.

—¡Ahí va! ¡Quién habló que la casa honró...! Pero ¿quién ha llevado en tu casa los pantalones, muchue'lo? Tu Jesusa, que en paz descansa, y sólo tu Jesusa, so marica.

La cosa se puso fea en el corral y tuvo que intervenir la Abuela, que por ahí andaba. Puso paz. Luego se llevó a la Castora a la cocineja de las matanzas. La pobre mujer, como no podía estar sin hacer nada, se puso a partir cebollas.

—Pero, ¿qué ha sido eso, mujer?

—«Na», que no «pue» una vivir tranquila. ¡Qué le vamos a hacer...! Pues no dice el muy cabrito que mi Romualdo era un mal marido. Si era un santo, un santo bendito.

Entonces, fuera por el sofocón, fuera por las cebollas de la matanza, las lágrimas asomaron a los ojos de la Castora. La Abuela intentó consolarla.

—¡Cálmate, mujer, que no vale la pena el «entripao». Al «contao» te preparo unos torreznos y almuerzas.

—¡Deje usted! Con el «sofión» se me han

ido las hambres. ¡Qué repisa que estoy de no haberle dado a ese tío un guantazo.

—No lo tomes a mal, Castora. El Venancio es un guasón, pero en el fondo no quiere mal a nadie.

—Pues la guasa «pa» su padre, puñeta.

La Abuela logró con grandes esfuerzos consolar a la Castora. Frió unos torreznos, llenó una jarra de vino y luego, en la calma...

—Castora, agua pasada no muele molino; pero yo he oído también decir que tu marido no era bueno contigo, que te pegaba.

—¡Calle usted, ama; si era un santo, un santo bendito! Nadie como él para llevar un duro a la casa; nadie como él para hacerle buenos regalos a su mujer en la Feria o en la Pascua; nadie como él para acostarse con una.

—Muchas veces te «amagó» y otras tantas o más te pegó. Me lo han dicho; lo sé de muy buena tinta.

La Castora, al enfrentarse con los ojos de la Abuela, bajó los suyos. Quiso llorar nuevamente; acarició nerviosa los frunces de su mandil; se apretó el nudo del pañuelo que cubría su cabeza. Más tarde, con el rubor de una moza que estuviese sola en el campo con un hombre nuevo, dijo:

—Sí, es verdad, ama, me pegó. Pero era porque me quería y esto no le importa un bledo ni al Venancio ni a «naide»; «tantismo» me quería mi Romualdo, que me pegaba, pero sólo al principio de casados, sólo hasta aquel día...

—¿Qué día? —quiso saber la Abuela.

—«Pos» verá usted. Mi Romualdo bebía un poquejo, un traguejo «na» más. El decía que